

LA TEOLOGÍA ILUSTRADA DE HIDALGO

Rafael MORENO M.

HIDALGO, INTELECTUAL

El bicentenario del nacimiento de Hidalgo ha servido, entre otras cosas, para mostrar la altura excepcional que el Padre de la Patria alcanzó en la vida intelectual de la segunda mitad del siglo XVIII, quizá la época de mayor afán de saber, después del siglo XVI.

Se sabe que Hidalgo ocupó un lugar de primera fila cuando estudiante. Presentó actos públicos sobre clásicos latinos, y sobre aspectos de la filosofía aristotélica. Antes de cumplir 17 años era bachiller en artes por la Universidad de México. Refieren sus biógrafos que tres años después en 1773, los sinodales universitarios quedaron tan sorprendidos de la sabiduría del nuevo bachiller en teología, que le concedieron el honor de replicar en el examen de sus condiscípulos. Por ese mismo tiempo, gracias a merecimientos demostrados públicamente, se le designó colegial de oposición, cuyo número apenas llegaba a cuatro, quedando facultado para presidir academias, suplir profesores y participar en la vida administrativa de la Casa de Estudios. En 1775 ganó por oposición una cátedra de filosofía, "en la cual introdujo textos modernos". Tres años más tarde defendió en un acto las *Prelecciones teológicas* de Serry, autor que exponía doctrinas avanzadas. También por oposición ganó en 1779 una cátedra de lengua latina. En 1781 fue nombrado profesor del curso de artes. Al año siguiente enseñó en calidad de sustituto de teología, y poco tiempo después obtuvo esta cátedra en propiedad. A la edad de 31 años presentó una *Disertación sobre el verdadero método para estudiar teología escolástica*, que mereció ser premiada con el primer lugar, y que en nuestros días le ha valido ser considerado como reformador intelectual al lado

de José Antonio Alzate y el filipense Gamarra. Y formó discípulos tan distinguidos, que merecieron ser designados profesores del mismo Colegio, como el que defendió en 1785 las *Prelecciones* de Serry. En fin, en 1790 fue nombrado rector.

Con saber todas estas cosas, se ignora todavía cómo enseñó las humanidades, cuáles fueron los autores modernos utilizados en el curso de artes y hasta dónde igualaba las tesis nuevas del Siglo de las Luces. Nada se sabe de las doctrinas teológicas a que Hidalgo dedicó su mayor entusiasmo y en las que obtuvo créditos hasta llegar a merecer, en los albores de la Independencia, el título del teólogo más destacado de la Nueva España. Por otra parte, parece imposible que la preocupación humanitaria, las críticas al gobierno, la autonomía mental, el americanismo, el amor por la libertad, el cuidado de las artes y los oficios, la gran estimación de la agricultura, el indigenismo, hayan sido improvisados por Hidalgo a la manera como improvisó ejércitos. ¿Es comprensible que el ideario de la Independencia haya sido fruto de hechos antes inexistentes?

Los alegatos de la Inquisición, los escritos hidalguistas y antihidalguistas posteriores al grito de Dolores, y sobre todo las proclamas y decretos del mismo Hidalgo, ofrecen datos inestimables para rehacer su pensamiento. Pero el documento más importante a este propósito es la *Disertación sobre el verdadero método para estudiar teología escolástica*, porque muestra las ideas sistemáticas y las raíces de las emociones que animaron al instaurador de la independencia mexicana. Cuando Gabriel Méndez Plancarte publicó en la revista *Abside* el texto de la *Disertación*, y cuando, cinco años más tarde, dio a conocer su hermoso estudio titulado *Hidalgo, reformador intelectual*, quedó vindicado un lugar de preeminencia para el libertador en los anales de la cultura nacional, y al mismo tiempo se puso la base para entender el fenómeno de nuestra vida como nación independiente. Según Méndez Plancarte, Hidalgo es un digno exponente del movimiento renovador que iniciaron Maneiro, Abad, Alegre y Clavigero y que llevaron a su culminación, entre otros, Velázquez de León, Bartolache, Mociño, Gamarra y Alzate. Mientras ellos

son los reformadores de la ciencia y la filosofía, Hidalgo es el reformador del fundamento teórico en que estaba asentado del saber sobre Dios. Este estudio señala con claridad no sólo la amplitud de la cultura y el modernismo del profesor nicolaíta, sino también los vientos de fronda que se esparcieron años más tarde desde Dolores.

Juan Hernández Luna, en un serio análisis de las diversas imágenes que se han tenido de Hidalgo desde la independencia hasta nuestros días, hace avanzar esta visión, presentando al prócer nacional como pensador que ama la teoría y la práctica, como modelador de la patria, como cultivador de la ciencia pagana, como amante de la novedad y el progreso y, antes que nada, como docto y sabio en teología. Los enemigos no pudieron menos que aceptar su profundo conocimiento de las *Símulas* y de la *Suma teológica*, y, lo que es más, reconocieron que la habilidad de Hidalgo para la enseñanza causó daños en los estudiantes de San Nicolás, quienes, según ellos, fueron impulsados a la revolución por las conclusiones teológicas aprendidas en sus cursos. Pero a pesar de que Hernández Luna insiste en el carácter ilustrado de la "sabiduría luciferina" o de la "soberbia teológica" de Hidalgo, todavía no se ha hecho el análisis de todos los aspectos positivos de su obra intelectual, ni se ha logrado señalar toda la importancia que tiene en la cultura del siglo XVIII y en la constitución definitiva de la independencia. Un somero análisis de la *Disertación* habrá de mostrar, al menos en parte, la verdad de esta afirmación.

MÉTODO Y TEOLOGÍA

Es bien sabido que una de las primeras manifestaciones del espíritu moderno es la preocupación metódica. Entre nosotros la renovación literaria, filosófica y científica adquiere también las características de una nueva fundamentación del saber. Ignacio Bartolache es principalmente quien hace en sus *Lecciones matemáticas* toda una metodología del conocimiento. Siguiendo el ejemplo de Descartes y sobre todo el de Spinoza y el de Hobbes, aprovechando los principios fisi-

co-matemáticos de Newton, ya conocidos en la Nueva España a mediados del siglo, da por verdad inconcusa que el método matemático es el único cierto, y que consecuentemente el conocimiento será el resultado de su recta aplicación. Llega a decir todavía más: que toda realidad debe tratarse con método matemático. Por estas afirmaciones, gravísimas por sus efectos en la ciencia y en la filosofía, limita de manera deliberada la esfera del conocimiento a los objetos y realidades de este mundo. Los seres inmateriales y suprasensibles de la religión no pueden ser tratados con método matemático. Están más allá del saber del hombre. La teología es, para Bartolache, una facultad que respeta, pero sobre la cual ni quiere ni puede opinar.

La *Disertación sobre el verdadero método para estudiar teología* es igualmente una teoría del método, una metodología de la disciplina que para el creyente es la reina de las ciencias. Con la diferencia de que Hidalgo cala más hondo en el espíritu de la modernidad que el audaz Bartolache, pues mientras éste excluye de los problemas el teológico, el profesor nicolaíta tiene el atrevimiento de aplicar al saber sobre Dios el criterio que sólo parecía válido para el conocimiento propio de la razón humana. Es una audacia máxima, sin duda, tratar a este mundo y al mundo de Dios con la misma medida y con la misma regla. Y no se trata de un método puramente posible, sino del método *verdadero* para estudiar teología, sin el cual, por lo tanto, no puede darse un conocimiento cierto sobre Dios.

El tratado de Hidalgo sobre el verdadero método de la teología no se presenta a los lectores como una nueva ciencia teológica, sino más bien como una serie de indicaciones para adquirir conocimientos seguros en esta materia. Lo mismo habrá que decir, proporcionalmente, de las ideas de Bartolache. Sin embargo, los tradicionalistas, atentos a todo lo que llevase ribetes de novedad, hubieron de comprender bien pronto el significado expreso de la *Disertación*: transformar radicalmente la inteligencia novohispana que gustaba del estudio de Dios, esto es, de la teología en cualquiera de sus formas. Y en efecto Hidalgo, como antes Clavigero, Barto-

lache, Alzate y Gamarra, intenta cambiar desde sus raíces la mentalidad escolástica por la mentalidad moderna. Lo cual podrá suceder —y ésta es una de sus convicciones siempre presentes— cuando el hombre, el de las aulas y el de la calle, cuente con otra inteligencia que lo capacite para pensar de una manera más avanzada que el anticuado peripatético. Por desgracia no sabemos mucho sobre la realización de estos fines de la *Disertación*.

TEOLOGÍA MODERNA Y SALVACIÓN PATRIA

El primer paso de los modernos, sobre todo de los hispano-americanos, en la consecución de los ideales de reforma, consiste en mostrar que las verdades anunciadas por ellos tienen vigencia entre las naciones cultas y entre los hombres de buen gusto. También Hidalgo posee esta orientación que ahora se llama conciencia histórica. En opinión suya, los tiempos antiguos fueron de tinieblas. Los modernos, en cambio, están inundados de luces; en los hombres del siglo domina el afán de saber, y la sabiduría es patrimonio de todos. “Son muchos —dice— los hombres doctos que han enriquecido el reino literario en estos tiempos. No ha habido edad en que pudieran subir los hombres al templo de la sabiduría con tanta facilidad como la nuestra.”

La teología no ha escapado a esta situación. Una dialéctica contenciosa y un exceso de filosofías habían hecho de ella una ciencia totalmente desconocida, pero en los tiempos últimos está brillando ya con el esplendor que merece. “En las más célebres universidades del orbe se halla ya la teología verdadera en pacífica posesión.” En el texto de la *Disertación* acude con insistencia a los “hombres de sana crítica”, al “buen gusto”, a la “utilidad”, a la convicción de que “ya no se pierde el tiempo”.

Éste es el punto de partida del pensamiento ilustrado de Hidalgo. Contra lo que pudiera decirse, no se toma el menor trabajo de probar la bondad de las luces o las razones de “los últimos tiempos”. Parece como si el mundo moderno debiera aceptarse, con todas sus consecuencias para el tradicionalis-

mo de la Nueva España, sólo por el hecho de ser moderno. En todo caso, su justificación es su misma existencia. Es un hecho que no puede negarse. Quien lo conoce se adhiere por necesidad a él. De esta manera Hidalgo, al igual que todos los pensadores modernos, recibe y ofrece las enseñanzas ilustradas sin caer en la cuenta de que, en nombre de las luces y de la razón del siglo, exige la vigencia de un mundo del que en última instancia no da razón. Y es esta convicción, este sentimiento firmemente arraigado en él, lo que determina su entusiasmo por las nuevas enseñanzas. Ciertamente es que Hidalgo no está expresando en letras de molde, como sucede con Bartolache, Alzate y Gamarra, que la Nueva España debe modernizarse desde la raíz para no malograr su destino y conquistar el sitio de grandeza que le corresponde en la historia universal. Pero éste es el más hondo sentido de la *Disertación*. En definitiva, la justificación del mundo moderno es el logro de la grandeza nacional mediante la salvación de la inteligencia en el campo teológico.

Así, pues, la Nueva España queda por primera vez dividida en dos maneras diferentes de entender la divinidad, una moderna y otra tradicional. Es el punto en que los amantes de la novedad adquieren perfiles de apóstoles, de iconoclastas y reformadores, pues resultaba imposible la aceptación de un nuevo método, aunque fuese el verdadero, si antes no era destruido el antiguo.

La confrontación entre uno y otro arroja un saldo desfavorable a la tradición. En seguimiento de los filósofos, especialmente de las duras críticas que Gamarra y Alzate habían dirigido a la escolástica, Hidalgo señala el carácter dogmático y cerrado de los estudios teológicos. No bien ha acabado el curso de artes, dice, cuando se persuade a los estudiantes de que "no hay más teología que la que está contenida" en cinco tomos llenos de formalismos y sutilezas. Los vicios fundamentales son: suma prolijidad para tratar las cuestiones, ya multiplicando las dificultades, ya introduciendo formas escolásticas inútiles, como el silogismo, o cuestiones puramente filosóficas y metafísicas; ausencia de historia y de crítica. El estudioso del siglo XVIII mexicano vuelve a encontrar en la

Disertación estas frases familiares a los filósofos: “escolástica común”, “pérdida irreparable del tiempo”, “sofismas y metafísicas”, inutilidad de las “formas sustanciales y accidentales”. Los filósofos argumentan que, por tratar tanta metafísica, los alumnos nada saben de filosofía. Hidalgo teólogo afirma que, por introducir tanta filosofía —escolástica, por supuesto—, los alumnos aprenden superficialmente la teología. Rechaza de modo expreso la “teología fundada en las opiniones de Aristóteles, digo en las formas sustanciales y accidentales, introduciendo mil cuestiones de posibles inútiles y otras cosas semejantes, no tratando sino una u otra cuestión de dogma y aun ésta muy superficialmente, y empleando todo el tiempo en sofismas y metafísicas”. Sin embargo, como el estudio de la teología debe ser metódico, reconoce que la escolástica, en cuanto “teología metódica acomodada al uso de la escuela, con argumentos y respuestas por el modo dialéctico”, es una disciplina recomendable. Pero líneas adelante repite que las formas silogísticas no hacen sino embrollar las verdades y que por esta razón deben desaparecer de los textos teológicos.

Con esta reforma Hidalgo se coloca de lleno en el mundo moderno. Por una parte destierra la filosofía de la explicación racional de Dios. Por otra, hace a un lado la filosofía teológica que servía para entender racionalmente el dogma. Al mismo tiempo invalida el pensamiento aristotélico-tomista y la teología de la tradición. Todos los valores en que se fincaba la vida y la cultura colonial quedaban sin razón de ser. Y México era lanzado por primera vez a un mundo nuevo, al mundo moderno de la ciencia y de la razón. Por esto la *Disertación sobre el verdadero método de estudiar teología* significa en el campo de la inteligencia, para no hablar de las consecuencias sociales y políticas, un cambio radical. Por lo pronto, se atisba ya otra idea del conocimiento, otra idea de la metafísica y otra idea de la teología.

Dos son los argumentos de que se vale Hidalgo para presentar una reforma de tales alcances. Uno es el argumento intrínseco y *a priori* del supuesto moderno —supuesto porque no se procura demostrarlo— sobre la falsedad de las formas accidentales y sustanciales tanto en filosofía como en

teología. Establecido esto, es fácil entender cómo Hidalgo añade por su cuenta la exclusión no sólo del silogismo, sino de toda la filosofía escolástica, de la reflexión teológica. Otro es el argumento extrínseco y de autoridad que consiste en recurrir a la "utilidad" de la Iglesia y a la opinión de "hombres de juicio" y "teólogos de primer orden", tales como el Barbadiño, Feijóo, Melchor Cano, Anetto, Aguirre, Petavio, Habert, Berti, Natal Aragonense, Serry, Graveson. Todos ellos concuerdan en enseñar que la escolástica común es "inútil" y que sigue una "senda totalmente extraviada".

Las argumentaciones de la *Disertación* recuerdan en este punto los discursos del benedictino Feijóo sobre el mérito y fortuna de Aristóteles. Como todos los modernos, Hidalgo recurre a la historia. De ella saca dos enseñanzas decisivas: por una parte al Estagirita siempre se le ha considerado fuente de herejía, peligroso para la fe, y por eso en diversas ocasiones los papas lo han repudiado; por otra, teólogos de primera línea, papas y concilios, han condenado la doctrina de las formas sustanciales, "procurando exterminarla y dejarla sepultada en su misma cuna". Y aun supuesto que el aristotelismo teológico no originase herejías, las sutilezas, las metafísicas, las doctrinas inútiles que introduce en la teología hacen olvidar los conocimientos realmente teológicos y necesarios para la salvación. ¿Cómo, pregunta con Juan Gersón, es posible "reducir nuestra fe a las frívolas reglas de la dialéctica", y con qué derecho se filosofa "en las cosas divinas según los principios aristotélicos"? ¿Puede concebirse que esos lógicos y esos metafísicos sean al mismo tiempo teólogos? En opinión de Hidalgo, este abuso mina los fundamentos de la fe, pues los teólogos filósofos defienden implícitamente un pernicioso desprecio de la Biblia y los doctores sagrados, llegando su atrevimiento hasta corromper los términos usados por los Padres. Estos teólogos, continúa, son causa de irrisión, abren caminos innumerables al error. Son además inútiles del todo, porque ni defienden la fe contra las argumentaciones de los no creyentes, ni la fortifican en los creyentes. Hidalgo, teólogo y cristiano, enseña que los "venerables principios aristotélicos" afean y corrompen la "verdadera

teología", y que constituyen, por consiguiente, un "licencioso modo de opinar".

Nuestros oídos, poco habituados a tales temas teológicos, pueden dar poca importancia a esta argumentación. Baste decir que significa un paso más en la destrucción del último reducto del mundo tradicional. No se trata de un argumento común de autoridad, sino de razonamientos que encontraban eco en las mentes novohispanas acostumbradas a escuchar teólogos. Y por si esto fuese poco, Hidalgo arrebató las palabras a los tradicionalistas. Nuestros filósofos del siglo xviii establecen la razón moderna diciéndose salvadores de la inteligencia y de la grandeza nacional. Hidalgo señala en el aristotelismo el máximo peligro de la fe y muestra cómo la salvación de aquello en que estaba fincada la nación, la religión, depende del abandono de la filosofía y la teología tradicionales, y del reconocimiento de las ideas modernas en su aplicación a la teología.

Cada una de estas razones por separado no hubiera sido suficiente para destruir los fundamentos del mundo colonial. Así debió de comprenderlo Hidalgo, pues con rara habilidad dialéctica, superior ciertamente a la de Alzate y a la del benedictino Feijóo, conjuga los argumentos de autoridad y de razón para convencer al lector en pocas páginas de la inutilidad y la maldad de los fundamentos teóricos de la tradición.

INEFICACIA TEOLÓGICA DEL TOMISMO

Con ser esto más que suficiente para establecer los pilares del mundo moderno en México, Hidalgo todavía da otro paso: demostrar que la teología escolástica es inútil, antes y después de Santo Tomás. Hidalgo sabía, en efecto, por la escolástica dominante y por haber hecho él mismo un curso de artes *ad mentem sancti Thomae*, que las razones expuestas no convencerían a los amantes de antiguallas. Por esto concede un cuidado especial al caso del Doctor Angélico.

Guardando las consideraciones que los modernos acostumbran en circunstancias parecidas, Hidalgo empieza por llamar "nuestro maestro" al autor de la *Suma teológica*, y aun escribe

(sin gran énfasis) que es el "mayor escolástico" y un "gran teólogo". Achaca a sus comentadores las inexactitudes históricas y críticas de sus obras. Pero inmediatamente añade que su autoridad no significa un argumento de peso debido a que no bautizó del todo al Filósofo gentil, y que, aun aceptando, sin conceder, que del tomismo aristotélico no se siguen ya doctrinas peligrosas para la fe y las costumbres, están por encima de él las reiteradas censuras de los papas, de los concilios y de innumerables hombres de "buen gusto" en los tiempos modernos.

Esta parte última del raciocinio es definitiva para la mentalidad, religiosa por entero, de la Colonia. Ningún teólogo o filósofo de la tradición podía sin graves consecuencias afirmar que el tomismo fuera una doctrina con más valimiento que los concilios y los papas. Sin embargo, el profesor de San Nicolás, demasiado escolástico en la utilización de la dialéctica, les concede graciosamente la superioridad del Angélico, a sabiendas de que este hecho no significa que la teología aristotélico-tomista esté exenta de abusos contra la verdad y contra la recta manera de pensar. Debe hacerse notar la suma habilidad con que Hidalgo desliza entre argumentos de autoridad lo que está debajo de toda la *Disertación*, a saber, la razón moderna inconforme con la tradicional. Puede Santo Tomás valer más que concilios, papas y teólogos, y no por eso estar por encima de la razón. Pero bien porque el predominio de los tradicionalistas volvía peligroso el desarrollo de semejantes ideas, bien porque el mismo Hidalgo no hubiese llegado a la plenitud del pensamiento ilustrado, la *Disertación* hace hincapié en el argumento de autoridad, que entonces parecía no sólo el camino más seguro, sino el más convincente. ¿Para qué exponerse a ser tildado de sospechoso, si el consenso unánime de "los más grandes teólogos de los siglos posteriores, principalmente los que ilustraron el xvi, el xvii y el xviii", lo autorizaba para concluir que la teología escolástica era totalmente inútil antes y después de Santo Tomás? Es insensato, dice, no creer a los teólogos en teología, como es insensato no creer a los marineros en las materias de su arte. Y es insensato, sobre todo, cerrar los ojos a la evidencia de

las razones. Aún con Santo Tomás, concluye, la teología aristotélico-tomista hace peligrar la pureza de la religión.

Queda, sin embargo, el hecho de que el Doctor Angélico ha sido uno de los más grandes teólogos, el príncipe de ellos, como sostiene la tradición. Él sólo puede justificar la filosofía teológica.

De buen grado acepta Hidalgo estas opiniones comunes de la mente colonial que parecen echar por tierra su tesis entera sobre la teología escolástica, pero con sagacidad dialéctica se apresura a mostrar cuál es el sentido del tomismo en la historia del pensamiento. La *Disertación* sostiene con claridad que el Angélico fue un gran teólogo porque supo aplicar la historia, la crítica, la cronología y la geología para discernir los concilios, los escritos de los Padres y aun la doctrina sagrada. Nunca porque siguiese los pasos del Filósofo gentil. Lo cual significa que, por primera vez en México, hubo una interpretación del tomismo distinta de la colonial. Mientras para la tradición la grandeza del Angélico consiste en haber hecho de la filosofía aristotélica un instrumento ancilar de la fe, para Hidalgo su mérito está en haber aplicado disciplinas modernas al esclarecimiento de la ciencia teológica.

A esto añade Hidalgo una consideración histórica del tomismo, según la cual Santo Tomás se movió a escoger a Aristóteles para explicar racionalmente la fe, por necesidades localizadas en un tiempo y en un espacio concreto, como eran la corrupción teológica de la Edad Media, que llegaba "al extremo de dar más crédito a un filósofo gentil que a los sagrados oráculos". Cuando el Aquinatense advirtió que las condenaciones del aristotelismo no lograban arrancarlo del pensamiento cristiano, tomó sus mismas armas "para dirigir las a las verdades que debían alcanzar". Hidalgo afirma de manera expresa que Aristóteles no debe su fortuna teológica al valor intrínseco de su filosofía, sino a la "condición de los tiempos". La "prudencia" aconsejó al Santo aplicar el aristotelismo a las razones de la fe. "El haber aceptado los principios aristotélicos no lo debemos atribuir al mérito de Aristóteles, ni a lo más bien fundado de sus principios, sino a la condición de los tiempos. De modo que, si como fue Aristó-

teles el que dominaba en Francia y servía de escudo a los herejes, hubiera sido Pitágoras, Leucipo o Anaxágoras, hubiera abrazado igualmente los números, los átomos o la homoeomeria y panspermia, porque así lo dictaba la prudencia.”

En la *Disertación sobre el verdadero método para estudiar teología escolástica*, la relatividad del tomismo es completa. Ni el lector más benévolo podría atribuir la conjunción aristotélico-tomista a una cierta “estimación” que el santo tuviese por el filósofo gentil. Hidalgo escribe de modo expreso que cualquier predilección por un autor detestado y peligroso implicaría, aun como mera suposición, una injuria para el gran teólogo.

HIDALGO, TEÓLOGO MODERNO

Según Hidalgo, el Maestro de las Escuelas tiene cualidades que no se deben a la prudencia o a la necesidad de los tiempos. Tales son el uso de las disciplinas modernas en la explicación del dogma y, de manera especial, la estructuración de una doctrina que dio “bastante luz” para que el teólogo renacentista Melchor Cano compusiera “su incomparable obra *De locis theologicis*”. La *Disertación* deja entrever con alguna claridad que esta doctrina no tiene relación con la escolástica estricta y sí con las ideas modernas. A pesar de semejante limitación, este pensamiento es de suma importancia para entender la idea que de sí mismo tiene Hidalgo. La obra de Melchor Cano es conocida y citada a la vez por modernos y tradicionalistas, pero con un sentido diametralmente opuesto. Unos fundan su tradición. Otros lo colocan como parapeto ante la acometida de los tradicionales como fundamento de sus innovaciones. De hecho, los *Lugares teológicos* se convirtieron desde la segunda mitad del siglo xvii en la máxima autoridad para el nuevo pensamiento de teólogos y filósofos. De donde resulta que, para el autor de la *Disertación*, el fundador de la teología moderna es el mismo Santo Tomás. De esta manera Hidalgo pasa a ser, de reformador de la teología tradicional, un amante discípulo del Doctor de Aquino; y

Santo Tomás pasa a ser, de fundador del pensamiento de la tradición, el padre de la revolución mental de México.

A riesgo de repetir, detengámonos a considerar la maestría con que Hidalgo maneja la dialéctica. Utiliza los conocimientos de la lógica escolástica en que había sido formado; la historia y el método histórico que le proporcionó el Siglo de las Luces son hábiles instrumentos para encontrar lo acabado y lo valioso de la filosofía tradicional. Sólo Feijóo puede compararsele. Medítese, por otra parte, en las consecuencias de estas ideas. El mundo colonial estaba convencido de que su filosofía era la única verdadera y la única que podía coherer con la fe. Hidalgo, que esa doctrina era peligrosa para la religión. Los tradicionalistas afirmaban que el tomismo aristotélico era una verdad absoluta, independiente del tiempo y de los hombres. El autor de la *Disertación*, y con él toda la filosofía moderna, que nació de meras necesidades ocasionales. Ni siquiera puede decirse que tenga una verdad parcial. La medida de Santo Tomás fue política, prudencial, y no racional. Hidalgo deja al lector que concluya, por sí solo, que ya no existe razón alguna para conservar la incorporación de Aristóteles al cristianismo, en virtud de que las circunstancias especiales que lo pidieron pertenecen al pasado. La relativización de la escolástica no sólo impide justificar la existencia de la mentalidad tradicional de la colonia, sino que proporciona una ascendencia respetable a la teología, lo que en aquellos tiempos significaba una buena razón para existir.

Con estos elementos realiza Hidalgo la más grande de las revoluciones ideológicas del siglo xviii mexicano: la destrucción del "delirio metafísico" y la introducción del "buen gusto" en la ciencia sobre Dios, que es la teología. Por primera vez en la historia religiosa de México, el saber teológico es medido con el mismo rasero con que se medía el conocimiento de las cosas no "excelsas". Para Hidalgo, esta conquista no es pasajera. Al igual que Feijóo, Alzate, Bartolache y Gamarra, tiene conciencia de que su mundo es una lucha entre el error y la verdad, entre las tinieblas y la luz, entre la razón y los prejuicios. Y así como ellos creen, contra las enseñanzas de

Voltaire, que las luces y el buen gusto reinarán por siempre, así también Hidalgo teólogo piensa que los tiempos corruptos del Medievo colonial no retornarán jamás.

No son éstas las únicas ideas que hacen de la *Disertación del método verdadero para estudiar teología escolástica* el documento más importante de la independencia ideológica de México. Hidalgo fue lo bastante audaz para enseñar, incipientemente, no sólo una nueva razón, no sólo los medios para destruir la tradición, sino también una nueva teología, un *logos* nuevo de Dios. Sin embargo, no debemos hacernos ilusiones al respecto, porque es él un hombre de las luces, y lo específico del siglo no son los sistemas ni los grandes escritos teóricos, sino más bien los breves tratados que muestran cómo pensar rectamente. A la época de las luces le preocupa más la manera como debe pensarse que el pensamiento mismo. Entre nosotros Bartolache insiste en el método verdadero para pensar la ciencia y la filosofía, y nunca señala con igual insistencia cuál sea la verdadera ciencia o la verdadera filosofía, porque sabe que, pensando rectamente, el resultado tendrá que ser verdadero. Hidalgo enseña el verdadero método para estudiar teología, porque sabe también que el verdadero método teológico conducirá a una teología que tendrá que ser verdadera. Con estas salvedades, Hidalgo establece por primera vez en México una nueva manera de filosofar en las cosas divinas, hace otro *logos* de Dios, y con esto rompe radicalmente el nexo del mundo tradicional con el moderno, hasta donde esto podía suceder en una conciencia creyente.

HIDALGO, HOMBRE DE LA ILUSTRACIÓN

Hidalgo puede establecer en la *Disertación* los principios de una nueva teología porque es un pensador típico de la Ilustración. La Ilustración es en el siglo XVIII el coronamiento de las tesis y actitudes empezadas por el mundo moderno con el Renacimiento. En realidad, cada país, guardando las tesis fundamentales, las adorna con sus propias características. En los pueblos de habla española, que en un tiempo sintieron sobre sus hombros el peso de la salvación de la cristiandad

toda, y más en México, país donde la religiosidad española encontró un campo pródigo en el espíritu indígena, este movimiento moderno estaba impedido de ser enciclopedista en el sentido antirreligioso y materialista. Pero los mismos principios que a los pensadores europeos conducían al ateísmo, impulsaban a nuestros autores modernos a reformar la tradición y a pensar de otra manera la ciencia, la filosofía, la literatura y aun la teología.

Deliberadamente se ha insistido en mostrar que Hidalgo no es un reformador aislado, sino un hombre que tiene conciencia de lo que está sucediendo en el extranjero y de lo que sucede en el país. Hidalgo, por la *Disertación sobre el verdadero método para estudiar teología*, encuentra el sitio que le corresponde dentro del grupo de ilustrados mexicanos de la segunda mitad del siglo XVIII. Como hemos visto, no se trata simplemente de renovadores de ideas y de hábitos viejos, sino de pensadores que establecen o quieren establecer una nueva ciencia, una nueva filosofía y una nueva teología. Merecen en realidad el calificativo de ilustrados.

Cierto es que si queremos valorar las ideas expuestas desde el punto de vista de los grandes sistemas teológicos del cristianismo, Hidalgo no puede ser considerado teólogo. Pero él no quiso ser original en los diversos pensamientos y sentencias escritas en la *Disertación*, aunque algunas veces lo haya logrado. Lo que indudablemente le pertenece es el espíritu y la manera como distribuye los diversos elementos de la pieza teológica. Y sobre todo, su originalidad estriba en haber visto la necesidad de reformar la enseñanza teológica en México y haber emprendido una tarea que sin duda le granjeó gran número de enemigos pertinaces. Recordemos a este respecto que los editores de la *Enciclopedia* no piden a los hombres de su siglo filosofemas originales, sino buenas razones y audacia en la sabiduría. Desde este punto de vista Hidalgo es el más moderno de los ilustrados mexicanos del siglo XVIII. No puede negarse que casi todas las ideas utilizadas en la *Disertación* eran familiares en México, debido a las prédicas y escritos de Clavigero, Bartolache, Alzate y Gamarra. Pero tampoco puede negarse que la reforma y la introducción de

las ideas modernas estaban detenidas en la filosofía, la ciencia y la literatura. La teología era considerada una ciencia respetabilísima, pero ajena a las reflexiones filosóficas. Aunque los ilustrados ya habían derribado el edificio filosófico de la tradición cuando Hidalgo escribió la *Disertación* en 1784, sin embargo permanecían incólumes los verdaderos fundamentos de todo el pensamiento y de la vida toda de la colonia. A Hidalgo cabe la gloria de haber sido el primero que introdujo en el mundo unitario de la tradición una dualidad teológica. Por eso da el golpe definitivo que acabaría con el mundo antiguo y abriría las puertas de México a la era moderna.

La *Disertación* de Hidalgo significa, pues, la definitiva autonomía del hombre mexicano frente a su pasado. No importa tanto que el pasado esté constituido por tinieblas, por errores y prejuicios, cuanto que ya no tiene ninguna razón que justifique su existencia. Y no se trata solamente de la escolástica, sino de la vida y de las costumbres que ella había generado. Tampoco se trata de una autonomía fortuita, sino de una capacidad que el hombre moderno conquista por sí mismo. El moderno, en efecto, sabe que ha logrado la independencia radical, que es la ideológica, de una historia de la cual no puede hacerse responsable.

Hidalgo no piensa abstractamente. Los problemas para él son concretos y están referidos a México. ¿Cuáles serían los pensamientos políticos del joven nicolaíta de 31 años al escribir la *Disertación*? Lo ignoramos. Sabemos, en cambio, que realizó la separación definitiva de México con respecto a su pasado. Y desde entonces puso las bases ideológicas de la independencia política.